

POR AMOR AL TEATRO

Jean-Luc Lagarce es uno de los más prolíficos autores franceses de fines del siglo XX pues, en sus 38 años de vida, escribió 23 obras. No obstante, cuando muere de SIDA en 1995, era ya un director de escena conocido, aunque no un autor reconocido. La mayoría de sus obras no sólo no habían sido estrenadas, sino que eran incomprendidas por la mayor parte de directores y críticos. Como ocurre tantas veces, el conocimiento real de su obra comienza tras su desaparición, y lo hace al mismo ritmo que la de otro insigne desaparecido de la época: Bernard-Marie Koltés.

Lagarce es hoy uno de los autores más deseados. Este año será programado en la sala Richelieu de la Comédie Française, al igual que lo fue el año pasado Valère Novarina, como también lo hará Michel Vinaver el año próximo, y de la misma manera que lo está ahora, envuelto en la polémica, Koltés. No es extraño entonces que Lagarce se cruzara en el camino del Teatro del Astillero, pues tres de los autores publicados por nuestra editorial han sido incluidos en el repertorio de la Comédie. Es lógico, pues, que la programación de un teatro que considera que los textos dramáticos clásicos pueden ser también escritos por autores vivos, coincida con nuestras pesquisas.

A finales de los años 70, Lagarce funda en Besançon su compañía trabajando textos de Beckett, Ionesco o Goldoni, que se alternan con la difusión de sus propios textos. En 1982, en uno de los múltiples programas franceses de promoción de autores emergentes, Jean-Claude Fall dirige *Voyage de Madame Knipper vers la Prusse Orientale* en el Pequeño Odeon, programado por la Comédie Française. El fracaso es monumental y, a partir de ese momento, pocos directores se atreven a montar sus textos.

No obstante, Lagarce no cae en el “malditismo” pues continúa trabajando como director de escena y recibiendo ayudas a la escritura. Escribe para los actores de su compañía. Y es este mundo, el mundo de la escena y de las compañías itinerantes, el que adopta como suyo. Como feriantes nómadas, sus personajes muchas veces son actores, como en *Voyage de Madame Knipper vers la Prusse Orientale*, cuya acción transcurre en un escenario de teatro y la propia Madame Knipper es una actriz; en *Music-Hall* una vedette y sus dos coristas se enfrentan al patio de butacas oscuro y, supuestamente, vacío; y en *Nous, les héros* (una recreación del diario de Kafka) una troupe teatral recorre la Europa central en vísperas de una guerra.

Los personajes lagarcianos están constantemente huyendo: de la guerra en *Madame Knipper*, de la peste en *Vagues souvenirs de l'année* y deambulando en giras sin sentido en *Music Hall* o *Nous les héros*. La acción se desarrolla de manera morosa y lenta, pero la urgencia es siempre palpable en las réplicas de los personajes: los hechos tienen lugar en la lengua. El suspense, el conflicto o el deseo tienen su escenario en la palabra, en lo que se dice y en lo que se calla.

Los caracteres lagarcianos están, también, siempre retornando. Después de inútiles odiseas regresan al hogar, a una casa que es incapaz de acoger al hijo pródigo, como ocurre en *Retour à la citadelle*, *Juste la fin du monde*, *Pays lointain* o *Últimos remordimientos antes del olvido*. Regresan a un techo incapaz para el consuelo, como en *Yo estaba en casa y esperaba que llegara la lluvia*.

Las piezas de Lagarce son también un laberinto siniestro donde los personajes, los temas, las composiciones y los argumentos son reiterados en espiral, de tal manera que las intrigas y personajes ya utilizados se retoman para escribir nuevas obras. Así, *Histoire d'amour (repérages)*, *De Saxe, su única novela e Histoire d'amour (derniers chapitres)* forman una trilogía que también tiene ecos en *Music Hall*. Son historias intimistas entre dos hombres y una mujer a través del tiempo. Y es que para Lagarce el amor está inscrito en el tiempo. O, mejor dicho, el amor es tan sólo una contingencia del tiempo.

Otras piezas como *Los pretendientes*, *Retour à la citadelle*, *L'Exercice de la raison* (inédita hasta 2007) ofrecen un fresco satírico del mundo de la cultura y el poder. El humor está teñido de un veneno cáustico que envuelve el desasosiego cultural que hace tiritar la futura Europa unida: La imposibilidad de amar.

En 1988 descubre que es seropositivo, pero los temas de la enfermedad y de la desaparición ya están presentes en su obra. Siempre rechazará la etiqueta de "autor del SIDA", afirmando, tal y como declarara Patrice Chéreau, que la enfermedad no es un tema.

En 1990, fija su residencia en Berlín gracias a una beca y escribe *Juste la fin du monde*, el primero de sus textos rechazado por todos los comités de lectura. Durante dos años deja de escribir dedicándose a la dirección y las adaptaciones.

Al final de su vida, puede por fin ver la creación de *Yo estaba en casa y esperaba que llegara la lluvia* dirigido por Mireille Herbstmeyer a la que había conocido en el Conservatorio de Besançon y para la que escribió *Reglas, usos y costumbres en la sociedad moderna* y a la que tendremos el placer de acoger los próximos días 3 y 4 de mayo en La Casa Encendida de Madrid.

Su fallecimiento se produjo en 1995 durante los ensayos de *Lulu*.

Como él mismo dijera con humor: Nacer no es complicado. Morir es muy fácil. Vivir entre estos dos acontecimientos no es necesariamente imposible.

En Teatro del Astillero esperamos, simplemente, dar a conocer los textos de uno de los autores más interesantes que ha dado Europa en los últimos veinte años. Esperamos que sea así y que se conozca el teatro contemporáneo que, en nuestro continente, es, quizás, el arte que con mayor sagacidad y menos retórica se enfrenta a lo real.

Luis Miguel González Cruz.